

El hombre Colón: protagonista del gran acontecimiento

PAOLO EMILIO TAVIANI*

No hay retratos del auténtico Cristóbal Colón. Se conservan más de ochenta imágenes o retratos, muy distintos entre sí, debido a que los artistas dieron rienda suelta a su propia fantasía, teniendo en cuenta, en ocasiones, aunque no siempre, las pocas, aunque esenciales, noticias que dejaron acerca de la persona física del genovés aquellos que le conocieron.

Dichas noticias son cuatro.

La primera es de su hijo don Fernando (o de quien utilizó su nombre). Don Fernando nació cuando Colón tenía 37 ó 38 años. En las *Historias de la vida y de los hechos de Cristóbal Colón* dice: "El Almirante fue un hombre bien formado y de estatura más que mediana, de rostro alargado, mejillas un tanto subidas, ni grueso ni delgado. Tenía la nariz aquilina y los ojos claros, la tez blanca y teñida por vivos colores. En su juventud tenía los cabellos rubios, pero al llegar a los treinta años encaneció por completo".

La segunda noticia es de fray Bartolomé de las Casas, quien conoció personalmente a Colón en Santo Domingo en 1.500, cuando éste tenía aproximadamente 50 años. En el capítulo II de su *Historia de las Indias* dice:

Lo que pertenecía a su exterior persona y corporal disposición, fue de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguile-

* PAOLO EMILIO TAVIANI. Historiador, autor de una de las más modernas y completas biografías de Cristóbal Colón. Ha sido ministro, senador y diputado. Es uno de los hombres públicos de mayor relevancia de Italia y ésta es la tercera colaboración que entrega para *Atenea*.

ña; los ojos garzos; la color blanca, que tiraba a rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos.

Pasemos a Gonzalo Fernández de Oviedo, que en la *Historia general y natural de las Indias* describe a Cristóbal Colón, a quien conoció cuarentón, de la siguiente manera:

“Hombre de buena estatura e aspecto, más alto que mediano, e de reacios miembros; los ojos vivos, e las otras partes del rostro de buena proporción; el cabello muy bermejo, e la cara algo encendida e pecoso.”

Recordemos, finalmente, el testimonio del veneciano Angelo Trevisan, canciller y secretario del embajador de Venecia en España, que probablemente vio al navegante genovés cuando éste tenía cincuenta años ya cumplidos: “Cristóbal Colón, genovés, hombre de elevada y noble estatura, colorado, de gran ingenio y rostro alargado”. En su redacción original, a continuación, de ‘elevada’, el veneciano añade la palabra ‘procera’, que en el italiano del siglo XV era sinónimo de alta, pero que también podía mantener su significado latino de noble o aristocrática.

Rostro alargado, mejillas un tanto subidas, ni grueso ni delgado (don Fernando), rostro alargado (Las Casas); rostro alargado (Trevisan). La frente alta y despejada imprime a la figura un aspecto aristocrático (Trevisan) y autoritario (Las Casas).

La nariz aquilina, tal como atestiguan don Fernando y Las Casas.

Ojos claros (don Fernando), azules (Las Casas), vivaces (Oviedo), síntoma de gran ingenio (Oviedo y Trevisan) y de elocuencia y orgullo (Las Casas y De Barros).

Queda sin solucionar el problema de los colores, aunque sabemos algo seguro a propósito de ello, como que tuvo los cabellos canos a partir de los treinta años. Por lo tanto, don Fernando, Las Casas, Oviedo y Trevisan —los cuatro que refieren lo que vieron personalmente— conocieron a Colón cuando ya tenía los cabellos canos. Y esto explica por qué sus escritos no concuerdan cuando hablan del color que tenían en su juventud: rubios, según don Fernando y Las Casas, que escribe precisamente ‘rubios’, término que algunos escritores anglosajones han traducido por ‘red’, posiblemente influidos por Oviedo, quien habla de “cabellos muy rojos”, y por el color del rostro, que todos atestiguan que tendía al rojo. Dario Guglielmo Martini dijo precisamente que tenía los pómulos rojos. En efecto, en las *Historias...* de don Fernando se dice: “Blanca y teñida por vivos colores”; Las Casas: “piel clara que tendía al rojo encendido”; Oviedo: “rostro rojizo y pecoso”; Trevisan: “colorado”.

Nos inclinamos por la hipótesis de que en su juventud los cabellos de

Colón se acercaban más al color rojo que al rubio, como dicen don Fernando y Las Casas, posiblemente por considerar el rubio más atractivo. Lo que sí es seguro es que ya en el primer viaje de descubierta (que inició a los cuarenta años) el marino más famoso de todos los tiempos tenía los cabellos totalmente canos.

Mucho más importante que su aspecto exterior es la capacidad sensorial del gran descubridor. Tenía un excepcional sentido del olfato; siendo éste el dato más seguro acerca de su persona física. Todos sus escritos lo atestiguan. Cuantos le conocieron exaltaron sus extraordinarias cualidades olfativas y nos han transmitido testimonios acerca de su aguda sensibilidad por los perfumes, que alguien quiso interpretar como expresión de un carácter melíndroso, cuando era, por el contrario, expresión de una facultad que poseía en medida desproporcionada en comparación con sus semejantes. Una facultad innata, que constituyó una componente fundamental y determinante de su sexto sentido, el sentido del mar.

También tenía muy desarrolladas las facultades sensoriales de la vista y del oído. Se arruinó la vista durante la travesía atlántica del tercer viaje (1498), tras trascurrir veintisiete tardes del mes de julio sobre cubierta, mirando fijamente el sol, para establecer el rumbo de oriente a occidente. Contrajo una oftalmía, pero no perdió las excepcionales e increíbles virtudes marineras, adquiridas siendo niño en los mares de Liguria y del Mediterráneo y luego perfeccionadas en el Atlántico.

Esto es todo, por lo que concierne a su figura física. Acerca del carácter, la psicología y cualidades morales, hay mucho más que decir.

Acerca de estos temas, a lo largo de los cinco siglos transcurridos desde la extraordinaria aventura de Cristóbal Colón, se han escrito centenares, y tal vez millares, de ensayos y artículos; así como numerosas novelas, obras teatrales y óperas.

En el género literario, falto de escrúpulos en lo tocante a validez historiográfica y de exclusiva inspiración poética, destacan dos obras: *Le livre de Christophe Colomb* de Paul Claudel, y *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier.

Se trata de dos interpretaciones en las cuales los datos históricos son exactos en determinadas ocasiones, pero que en muchas otras han sido distorsionados y perturbados y se mezclan con auténticas fantasías. A pesar de ello, su nivel artístico es incomparable, convirtiéndolas en joyas de la literatura universal.

Ambas constituyen una antítesis perfecta: Colón escucha voces como Santa Juana de Arco (Claudel); Colón es un mixtificador, un inmoral, es ladrón y mujeriego (Carpentier).

Dos interpretaciones artísticas que deben leerse sin preocuparse en absoluto del Colón real, ajeno a todo mito de exaltación o denigración.

En el terreno escrupulosa y rigurosamente historiográfico, Colón no fue un santo ni un político precavido.

La mala suerte, la maldad de sus enemigos o la envidia de quienes no podían soportar que un extranjero de humilde extracción hubiera alcanzado increíbles privilegios y los máximos honores, no bastan para justificar sus desgracias.

No fue un inepto ni tampoco ineficaz; pero le faltaron las dos principales dotes que ha de tener el político: la firmeza previsoras en las decisiones y el agudo conocimiento de los hombres, premisa indispensable para llevar a cabo una prudente elección, llegado el momento de repartir cargos.

Ya se ha dicho que Colón era un hombre que pertenecía por completo a la Edad Media. Otros, por el contrario, reivindicaron su espíritu renacentista y escribieron que su espíritu era superior al del siglo en el cual vivió.

En realidad, debe colocarse entre dos épocas distintas. Su planteamiento teórico es medieval, así como su visión filosófica y teológica, e incluso las suposiciones de sus concepciones científicas; siendo renacentistas su espíritu investigador, su desarrollado amor por la naturaleza, su capacidad, llegado el momento, de enfrentarse con la explicación de los hechos y los fenómenos no observados ni explicados antes. Renacentistas —como ya hemos dicho ampliamente con anterioridad— su concepción y metodología económicas, típicamente mercantilistas y capitalistas: por lo menos hasta los confusos acontecimientos del tercer viaje a Santo Domingo.

En estos aspectos tuvo la psicología típica del hombre moderno, concreto y práctico hasta la cominería; sólo confiaba en la experiencia directa, que procuraba adquirir de todas las formas posibles. De ella partía para trazar sus propósitos; de ella brotó la concepción de su gran proyecto.

Una psicología moderna, por lo tanto, de base medieval.

Es falsa la imagen de un Colón aventurero. Sin embargo nunca rechazó, sino que buscó la aventura. La buscó a menudo e incluso podríamos decir que siempre la buscó. La buscó y la vivió con desprecio del peligro; con el ardor y la valentía propios de quien está convencido de sus propias virtudes y de que está protegido por el apoyo divino.

El primer viaje transatlántico fue sin duda una fabulosa aventura: pero ya lo habían sido, en cierto modo, su viaje juvenil a Quíos y los realizados a Islandia y a Guinea. Y también fue una aventura el tercer viaje, conscientemente llevado a cabo en el suplicio de las calmas ecuatoriales y el incesante y tórrido calor. Pero la más sorprendente de sus aventuras, o mejor aún, una

maraña de sorprendentes aventuras, fue el cuarto viaje, emprendido —cuando su estrella ya había comenzado a declinar— con la precisa finalidad de circunnavegar el globo y acabada con dos naves roídas por las tiñuelas, encalladas durante todo un año en Santa Gloria de Jamaica, en la playa más abierta de todas las que puedan encontrarse en las innumerables costas del mundo.

Y no sólo aventuras marinas. ¿No fue acaso una aventura su huida de Portugal para pasar a España donde porfió durante siete años sin darse jamás por vencido, sostenido por la afanosa esperanza de realizar su gran proyecto? Y aventura fue la empresa terrestre llevada a cabo en la Vega Real, la fundación de Santo Tomás, en el centro de una tierra mucho más desconocida de cuanto lo había sido el océano.

Toda la vida del genovés fue una aventura; unas veces alegre, otras triste y otras más tristísima aventura. Pero es definido como aventurero por quienes quieren disminuir sus méritos; por aquellos que pretenden considerar sus éxitos como frutos de la suerte, o sea del azar.

En este sentido, Colón fue todo lo contrario de un aventurero. Es verdad que sus méritos dependen de sus éxitos; pero fueron la causa de los mismos y no su efecto.

Existe un dato, en primer lugar, que sólo puede negarse si se falsea la historia. El genio marinerero de Colón fue notable, verdaderamente excepcional. En varias ocasiones nos hemos extendido acerca de hechos, episodios y juicios que comprueban y confirman ampliamente nuestra afirmación.

En primer lugar, el rumbo o, mejor dicho, los rumbos.

Colón no descubrió solamente América, descubrió el rumbo de ida y el de vuelta entre Europa y el golfo de México. Mientras se siguió navegando a vela, los barcos que partían de los puertos españoles, portugueses, franceses e italianos con dirección a México, la desembocadura del Mississippi, cualquier isla del Caribe, Colombia o Venezuela, seguían el rumbo del primer viaje de descubrimiento. Y, a su regreso, navegaban al norte del Mar de los Sargazos, siguiendo el paralelo de las Azores. E incluso hoy, los que quieren cruzar a vela el Atlántico, escogen el rumbo del segundo viaje de Colón, el que lleva desde Las Canarias hasta Guadalupe.

Ya hemos dicho que poseía en gran medida las dotes físicas del marinerero, Michele da Cuneo escribió: "Sólo con ver una nube o una estrella por la noche, señalaba lo que seguiría y si haría buen tiempo; era él quien mandaba y quien hacía de timonel. Y después, cuando la tempestad pasaba, izaba las velas mientras los demás dormían".

Existe una prueba espectacular de sus dotes marineras. Durante el cuarto viaje, frente a las costas de Santo Domingo, se enteró de que treinta naves

españolas se disponían a zarpar con rumbo a Europa llevando notables cargamentos de oro. Les mandó decir que retrasasen la partida, porque muy pronto estallaría una terrible tempestad. Sin embargo, ningún signo visible parecía confirmar el pronóstico de Colón. Ni el mar ni el cielo parecían amenazadores: en el momento de la partida el viento soplaba propicio en dirección este. En Santo Domingo se rieron de las aprensiones del genovés y la impresionante escuadra zarpó. Antes de llegar al límite oriental de la Hispaniola el cielo se cubrió, el mar quedó en calma y se puso oscuro y el aire se volvió sofocante. Se anunciaba una tempestad, un auténtico huracán, pero ya no pudieron regresar porque faltaba en absoluto el viento. El huracán rompió los palos y dañó las quillas, destrozó cuanto había a bordo. La mayor parte de las embarcaciones se perdieron con sus tripulaciones y un enorme cargamento de oro; sólo cuatro naves consiguieron regresar, semihundidas, a Santo Domingo. Algunas otras consiguieron refugiarse, mal paradas, en las radas de la costa suroeste.

Sólo una nave, la más pequeña y más vieja, la Guecha, salió indemne y pudo continuar su viaje rumbo a España, ignorando la suerte de sus compañeras. En ella iba embarcado Alonso Sánchez de Carvajal, agente de Cristóbal Colón, que llevaba unos cuatro mil pesos en oro devueltos por Bobadilla a su legítimo propietario por orden expresa del rey. Del mucho oro salido en dicha ocasión de Santo Domingo fue el único que llegó hasta España, donde fue regularmente entregado a don Diego, hijo de Colón. Al sorprendente hecho de que sólo el oro de Colón se hubiera salvado del huracán, se añadió otro no menos sorprendente: las cuatro naves del descubridor habían logrado salvarse, incluso la Santiago de Palos, que el Almirante se proponía cambiar.

¡Un extranjero orgulloso y además vidente, hechicero, capaz, por medio de artes mágicas, de producir un huracán que hunde las naves de sus enemigos y sólo respeta las que interesan!

Es obvio que Cristóbal Colón no era hechicero y que sólo por casualidad la única nave que consiguió llegar a España fue, precisamente, la que llevaba su oro. Lo que no es obvio es que Cristóbal Colón intuyera que iba a producirse un huracán, un fenómeno completamente desconocido por el mundo antiguo y del cual el genovés tan sólo había tenido una experiencia siete años antes. De tal forma demostró, una vez más, que poseía unas dotes insuperadas de profundo conocedor del mar.

Entre los principales estudiosos de Colón, Thacher, HARRISSE, CADDEO, DE LOLLIS, REVELLI, MORISON, BALLESTEROS-BERETTA, CHARCOT, MADARIAGA y NUNN, confirman plenamente el juicio de Las Casas: "En el arte de la navegación Cristóbal Colón superó a todos sus contemporáneos".

Acerca de ello, son muy raros los juicios discrepantes. El más drástico es el de Vignaud, cuyas experiencias náuticas, según parece, se limitaron a algún que otro recorrido en los bateaux—mouches del Sena.

Un gran marino, el explorador francés Charcot, observa oportunamente que “para juzgar a un marino es mejor conocer un poco las cosas del mar”; y define a Colón del siguiente modo: “Un marino que tuvo *le sens marin*, el don innato y misterioso de saber elegir el camino en medio del mar”. “Los perros siempre han ladrado y seguirán ladrando, pero las carabelas han pasado. La obra de Cristóbal Colón es tan grande que desconcierta hasta el entusiasmo”.

El juicio más halagüeño que un gran marino podía darnos de uno de los marinos más grandes de todos los tiempos.

Colón fue también un gran geógrafo. Autodidacto, pero un sensible, agudo y genial geógrafo.

Entre los rasgos característicos del genovés, Humboldt señala la agudeza y la penetración con que supo captar y combinar entre sí los fenómenos del mundo exterior. Apenas llegado a un nuevo mundo y bajo un nuevo cielo, observó atentamente el aspecto de las tierras, el de las plantas, las costumbres de los animales, la distribución del calor y las variaciones del magnetismo terrestre. En su diario y en sus notas habla de casi todos los temas que ocuparon a los científicos de la segunda mitad del siglo XV y todo el XVI. A pesar de carecer de sólidos conocimientos de historia natural, su instinto de observación se desarrolla de distintas formas, en contacto con los grandes fenómenos físicos. No era un erudito; fue en gran parte un autodidacto, pero, a pesar de ello, consiguió ser un gran geógrafo.

Y, sin embargo, es limitado considerar únicamente a Colón por su genio marinerero y geográfico.

Fue el primero en proporcionar al mundo antiguo las dos grandes noticias reveladoras. Una había sido ya prevista por algunos científicos y aceptada por algunos marinos; pero nadie había tenido el valor de comprobarla: al otro lado del océano no había el abismo, había más tierra.

Colón desembarcó en ella el 12 de octubre de 1492, fecha del inicio de una nueva era.

La otra noticia, fabulosa y hasta entonces únicamente fantástica, fue descubierta por Colón al llegar a la desembocadura de un río inmenso: el Orinoco. La noche del 15 de agosto de 1498 escribió en su diario de a bordo: “Creo que esto es un gran continente, desconocido hasta este momento”. Y pocos años después escribiría: “Sus Altezas serán dueñas de estas tierras inmensas, que son otro mundo”.

Otro mundo, nuevo mundo: sólo a raíz del descubrimiento de Colón,

Europa, Asia y África tuvieron conocimiento de la existencia de un nuevo mundo. Y América tuvo conocimiento de la existencia de tres continentes. Fue un mutuo descubrimiento que cambió profundamente el curso de la historia humana.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

La obra de P.E. TAVIANI, *Cristóbal Colón génesis del gran descubrimiento*, cit., está dedicada por completo al estudio del genio marino de Colón y en particular al origen de su idea de "buscar Oriente navegando hacia Occidente". Con anterioridad, los estudiosos colombinos no habían profundizado acerca de este tema, ni podían hacerlo, puesto que faltaba una seria documentación geográfica, debido a lo difícil de las comunicaciones entre los lugares alejados. Véase, de todas formas:

- G.E. NUNN, *The Geographical Conceptions of Columbus*, New York 1924;
R. ALMAGIA, *Questioni colombiane*, en Colombo, año I, n. 1, Roma, 1926, pp. 18-28;
R. CADDEO, *Appendice E del II vol. de F. COLOMBO, Hitorie di Cristoforo Colombo*, Milano 1931, p. 345;
C. DE LOLLIS, *Cristoforo Colombo nella leggenda e nella storia*, Milán-Roma, 1931, pp. 289-312;
P. REVELLI, *Cristoforo Colombo e la scuola cartografica genovese*, Génova, 1937, pp. 389-390;
S.E. MORISON, *Admiral of the Ocean Sea. A Life of Christopher Columbus*, Boston (1ª ed. 1940), ed. 1983, pp. 56-57;
A. BALLESTEROS BERETTA, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, Barcelona-Buenos Aires 1945, vol. I, pp. 342 y sigtes.;
I.O. BIGNARDELLI, *Con le caravelle di Cristoforo Colombo alla scoperta del Nuovo mondo*, Torino, 1959, pp. 79-83;
J. MANZANO MANZANO, *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida, 1485-1492*, Madrid 1964, pp. 82-96;
E. JOS, *El plan y la génesis del descubrimiento colombino*, Valladolid, 1979-80;
G. CARACI, *Quando cominciò Colombo a scrivere le sue postille?*, en *Scritti geografici in onore di Carmelo Colammonico*, Nápoles 1963, pp. 61 y sigtes.;

A propósito de este tema, es especialmente significativa la frase pronunciada por G. CARACI en el Convegno internazionale di studi Colombiani (Génova, 1951): "La lectura de los anticuados libros de cosmografía no tuvo importancia en el origen del proyecto de Colón. La verdad es que Colón tuvo una 'fulguración' que fue madurando naturalmente en él a través de noticias, consideraciones y descubrimientos". Cfr. *Studi Colombiani*, vol. I, Génova, 1952, p. 82.

Sobre la figura física de Cristóbal Colón, cfr.;

- F. COLOMBO, *Historie de Cristoforo Colombo*; cap. III;
B. DE LAS CASAS, *Historia de las Indias*, Libro I, cap. II;
G.F. DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias*, libro II, cap. II;
M. DA CUNEO, *Lettera a Gerolamo Annari*, en *Fonti italiane per la storia della scoperta del Nuovo Mondo*, reunidas por G. BERCHET, en *Raccolta Colombiana*, II parte, vol. 1, p. 107;

- B. DE LAS CASAS, *Historia de las Indias*, libro I, cap. III;
- G.F. DE OVIEDO, *Historia General y natural de las Indias*, libro I, cap. IV;
- A. VON HUMBOLDT, *Cosmos*, 1ª ediz. 1845-1858, ed. fr. Paris, 1866-1867, vol. II, pp. 60-64, 317-327;
- A. VON HUMBOLDT, *Kritische Untersuchungen*, Berlin, 1852, vol. II, pp. 9-14;
- E. GELCICH, "Columbus als Nautiker und als Seeman", en *Zeitschrift der Berliner Gesellschaft*, XX, Berlin, 1885, pp. 281-287;
- J.M. ASENSIO, *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, Barcelona, 1891, vol. II, pp. 627-632;
- H. HARRISSE, *Christophe Colomb devant l'histoire*, Paris, 1892;
- K. KRETSCHMER, *Die Entdeckung Amerika's*, Berlin 1892, p. 267;
- C. MARKHAM, *The Journal of Christopher Columbus during his First Voyage, 1492-1493*, Londres, 1893;
- E.A. DE ALBERTIS, "Le costruzioni navali e l'arte della navigazione al tempo de Cristoforo Colombo", en *Raccolta Colombiana*, IV parte, vol. I;
- J.B. THACHER, *Christopher Columbus, his Life, his Work, his Remains*, New York, 1903, vol. I, pp. 163-186;
- G.E. NUNN, *The geographical Conceptions of Columbus*, cit., p. 53 y passim;
- J.B. CHARCOT, *Christopher Colomb vu par un marin*, Paris, 1928, pp. 313-316;
- P. REVELLI, *Cristoforo Colombo e la scuola cartografica genovese*, cit., pp. 389-390;
- A. NÚÑEZ JIMÉNEZ, *El Almirante en la tierra más hermosa*, Jérez de la Frontera, 1985, pp. 33-36;
- S.E. MORISON, *Admiral of the Sea. A Life of Christopher Columbus*, cit.;
- A. BALLESTEROS BERETTA, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, cit. vol. II, pp. 762-767;
- I.O. BIGNARDELLI, *Con le caravelle di Cristoforo Colombo alla scoperta del Nuovo Mondo*, cit., pp. 154-158;
- A. CIORANESCU, *Colón humanista. Estudios de humanismo atlántico*, Madrid, 1967;
- P.E. TAVIANI, *Cristoforo Colombo e la tradizione marinara di Genova*, en *La Caravella*, Roma, 1972, pp. 1-18;
- E. BRADFORD, *Christopher Columbus*, New York 1973, pp. 212-215;
- F. FERNÁNDEZ ARMESTO, *Columbus and the Conquest of the Impossible*, Londres 1974, pp. 212-215;
- A. GERBI, *La natura delle Indie Nove*, Milano-Napoli 1975, pp. 15-29;
- G. GLIOZZI, *Adamo e il Nuovo Mondo*, Firenze 1977, pp. 272-282;
- A. TIÓ, "La luz en las tinieblas", en *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, vol. V, N° 19, San Juan de Puerto Rico, 1º de enero 1978, pp. 13-34;
- A. TIÓ, "Incidentes oscuros sobre los viajes de Cristóbal Colón", en *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, 1º de enero 1978, cit., pp. 41-246;
- A. TIÓ, "El Cruce del Mar Océano", en *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, cit., 1º de enero 1984, pp. 189-224;
- A. MILHOU, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, 1983, pp. 39-102 y passim;
- G. PISTARINO, "Il Medio Evo in Cristoforo Colombo", in *Saggi e documenti del Civico Istituto Colombiano*, VI, Genova 1985, pp. 451-478;
- J. GIL, *Introducción a C. Colón. Textos y documentos completos*, edición de C. Varela, 2ª ediz., Madrid, 1984, pp. IX-LXVIII;
- J. GIL, *Introducción a El libro de Marco Polo*, Madrid, 1986, pp. 15-107;
- L. WECKMANN MUÑOZ, "Cristoforo Colombo, navigatore mistico", in *Columbus '92*, Genova,

maggio 1986, pp. 16-18;

- I. LUZZANA CARACI, *La cultura di Colombo*, in "Atti del IV Convegno Int. di studi colombiani", Genova 1987, vol. II, pp. 209-228;
- P.E. TAVIANI, *Cenni sulla figura di Colombo come risulta dal Giornale di bordo del primo viaggio*, scheda LXXXIX nel vol. I della *Nuova Raccolta Colombiana*, Roma, 1988, tomo II, pp. 441-444.